

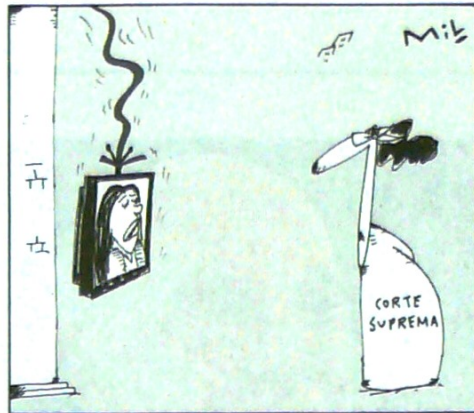
Opinión

EN CARICATURAS

Amanecerá y veremos



Oirá a Merlano por videoconferencia



Lista la misión



Descarbonizar y electrificar

En diciembre próximo se cumplirán cinco años desde que 197 países, Colombia entre ellos, suscribieron el Acuerdo de París durante la COP21 y se comprometieron a reducir las emisiones de gases de efecto invernadero.

Paradójicamente, Estados Unidos -que anunció que se retiraría del Acuerdo- es uno de los que mejor han cumplido con sus compromisos. El año pasado las emisiones disminuyeron, no propiamente por obra de un gobierno incrédulo de estos asuntos como el de Trump, sino por decisiones de abajo hacia arriba que han convertido la descarbonización y la electrificación -más que en tendencias- en nuevas formas de vida.

Reducir la huella de carbono en lo que producimos y consumimos es -y debe ser- una convicción, más que una imposición. Una forma de hacerlo es reemplazando los combustibles fósiles por energías limpias, como la energía eléctrica basada en fuentes renovables.

Los consumidores han sido los protagonistas al cambiar sus hábitos y exigir productos limpios y empresas responsables. Las empresas que permanecen indiferentes corren el riesgo de perder su mercado y hasta su licencia social. También saben que la forma de acceder al financiamiento en mejores condiciones exige compromisos ambientales. En este campo, el mercado le está ganando la delantera al Estado.

Esto es positivo, pues la más reciente información científica es aterradora. Pero quizás más influyentes que los modelos sean las imágenes que vemos todos los días. Por



Los nuevos verbos

Mauricio Cárdenas

ejemplo, los incendios forestales en Australia debilitaron el Gobierno y convencieron a los escépticos en ese país. En Colombia, los efectos del cambio climático tampoco requirieron grandes cantidades de evidencia científica. Las devastadoras inundaciones producidas por el fenómeno de la Niña en 2010 y 2011 crearon conciencia del problema, fundamental a la hora de introducir el impuesto al carbono en 2016, en lo que fuimos pioneros. Pero ese fue solo un primer paso. Seguramente tendremos que aumentar nuestro nivel de ambición frente a la reducción de emisiones a la que nos comprometimos en 2015.

La razón es que aun si se cumplen las contribuciones acordadas en París, cosa que difícilmente ocurrirá, el aumento de la temperatura global será de 3°C en 2100, frente a los niveles del siglo XIX.

La última vez que nuestro planeta tuvo una temperatura similar fue durante el Plioceno, hace 3 millones de años, cuando el nivel del mar era entre 10 y 20 metros más alto. Sobra decir que los seres humanos no existíamos, pues entra-

mos en escena hace menos de 250.000 años. Esa es una de las razones por las cuales es particularmente difícil simular los efectos de lo que podría ocurrir si esa situación se repite.

Lo más problemático es que las consecuencias del cambio climático pueden darse en cascada, como cuando una sequía es seguida de una ola de calor, o el aumento en el nivel del mar es acompañado de tormentas e inundaciones. Los efectos compuestos de estos fenómenos tienen consecuencias que no alcanzamos a dimensionar, incluyendo grandes desplazamientos de la población que seguramente causarían conflictos y guerras.

Los países que están tomando la delantera son aquellos donde los consumidores están preocupados y exigen un cambio cultural de sus líderes políticos y empresariales. En Colombia, más que una imposición del Gobierno, cuya efectividad siempre será limitada, toda persona, en su propio ámbito y espectro de acción, debe impulsar un plan de descarbonización. Esto se aplica a las empresas, universidades, ciudades, etc. Los alcaldes tienen un papel particularmente importante en las estrategias de electrificación del transporte público. Por ejemplo, Bogotá está en mora de electrificar la flota de buses de TransMilenio, algo que puede hacer de la mano de su propia empresa de energía, tal y como lo está haciendo Santiago de Chile.

Esta no es una preocupación ni de izquierda ni de derecha. Tampoco hay tiempo para esperar hasta que otros tomen las decisiones por nosotros. El mundo está mostrando que allí donde hay cambios efectivos es donde la ciudadanía ha decidido tomar cartas en el asunto.



Un bastión de la república

Coronel Pedro Javier Rojas Guevara

'La guerra es el infierno'

La profesión de las armas es inherente a la guerra, pues estudiamos con excelencia el arte y la ciencia militar; no quiere decir ello que soldados y policías no anhelemos la paz en Colombia. El británico sir Basil Henry Liddell Hart (1895-1970), destacado historiador y cronista militar, capitán del ejército inglés en la Gran Guerra (1914-1918), herido en combate y condecorado por su valentía; junto a su compatriota el general J. F. C. Fuller (1878-1966), fue uno de los principales autores de la revolucionaria doctrina denominada *Blitzkrieg* (guerra relámpago), que le permitió a la *Wehrmacht* en la II Guerra Mundial (IIGM) convertirse en la máquina de guerra más temible y profesional de ese tiempo.

Fue el mismo Liddell Hart quien definió al general William T. Sherman (1820-1891) como el "primer general moderno", reconociendo en varios de sus libros que las ejecutorias del líder unionista en el campo de batalla lo influenciaron notablemente, comparándolo incluso con Napoleón y Escipión el Africano. Su gran legado en la guerra civil estadounidense sería insumo principal para construir la doctrina de la *Blitzkrieg*, que posteriormente harían famosa los icónicos líderes alemanes Rommel, Von Manstein y Guderian; y sobre esta doctrina militar, absolutamente disruptiva, los americanos crearían en la década de los ochenta, después del fracaso de Vietnam, la doctrina de la batalla aeroterrestre, una versión renovada de la guerra relámpago, que le daría al ejército de EE. UU. una contundente victoria en la primera guerra del Golfo (1990-1991), bajo el liderazgo del general Schwarzkopf (1934-2012).

Estudiar la guerra de Secesión americana (1861-65) es un imperativo para cualquier soldado profesional, pues en ella emergieron nuevas armas, novedosos equipos y revolucionarias tácticas y técnicas en la primera línea de batalla, garantizando a los ejércitos de la Unión, el desarrollo de una exitosa campaña militar cuyo *momentum* fue, precisamente, la captura, el 2 de septiembre de 1864, de la ciudad de Atlanta, que era el 'centro de gravedad' de los confederados y, por tanto, el esfuerzo principal de las tropas unionistas comandadas por Sherman en su gran "marcha hacia el mar", con todas sus consecuencias. Dicha acción estratégico-operacional sería determinante para la reelección del presidente Lincoln en 1864, inclinando la balanza de la guerra a favor del Gobierno legítimo. Por ello, Sherman diría: "Ustedes no pueden calificar la guerra en términos más duros de lo que yo lo haré: ¡la guerra es el infierno!".

Abraham Lincoln, un estadista estudioso de la historia castrense, admirador del general suizo Jomini (1779-1869), a través de los generales Grant y Sherman comprendió que el uso legítimo de las armas es un acto de fuerza para derrotar al adversario y así quebrantar su voluntad de lucha, pero también dilucidó que la guerra es la continuación de la política por otros medios (Clausewitz); en palabras de Robert Dallek (1934), historiador estadounidense, en su libro sobre Roosevelt: "El cometido de la política es alcanzar objetivos, y la guerra es el medio, y los medios jamás pueden estudiarse aisladamente de su propósito".

Sherman es hoy un ícono militar no solamente del ejército de EE. UU., sino de toda la nación americana; su figura emblemática nos recuerda la crudeza de la guerra y las cicatrices que tiene Colombia después de más de cinco décadas enfrentando una amenaza terrorista, criminal y mafiosa. Sus hazañas del siglo XIX traídas a la actualidad nos hablan de la grandeza de los soldados colombianos de tierra, mar y aire, que junto con nuestros hermanos de la Policía Nacional, obedientes al poder civil y en el marco de los principios democráticos, somos los hacedores de la paz y la tranquilidad de la patria; por ello, las FF. AA. son el último bastión de la república.

* Director del Centro de Doctrina del Ejército Nacional de Colombia

¡Págume la renta!

El otro día recibí un correo de la Dian y casi me meo. Nada en esta vida me produce más miedo que dicha institución, ni siquiera *La maldición de Hill House*, y tal cosa se debe a que creo tener pocos esqueletos en el clóset, al menos unos que me puedan meter en líos legales, y que en ese aspecto solo con la Dian podría tener problemas.

El asunto con las personas llenas de miedo es que vivimos con el sentimiento de vergüenza a flor de piel y nos sentimos culpables por todo, incluso por cosas que no hemos hecho. Si pisar a alguien sin querer ya es causal de tener pesadillas en la noche, no me quiero imaginar el calvario que sería mi vida si llego a deberles dos centavos a quienes recolectan los impuestos de este país.

Por fortuna no era nada grave, según mi contadora. No había multa ni sanción, tampoco había que pagar de más, apenas un *mail* en el que me pedían corregir un valor en mi declaración de renta del año pasado, pero igual qué susto, porque tan solo un *mail* de advertencia de esa gente da ganas de perderse en la última isla del océano Pacífico. Desde que bajaron los niveles de ingresos por los que hay que pagar renta, mi contadora se ha vuelto la persona más importante de mi vida, después de mi madre, y hago sin chistar todo lo que ella me dice.

Por ejemplo, el cajón de mi mesa de noche se volvió un archivador de facturas, por si alguna vez me hacen una auditoría, y allí donde antes había condones y audífonos a



Terror a la Dian

Adolfo Zableh Durán

los que solo les funciona un auricular es hoy un cementerio de recibos caducos.

Otra de las características de los miedosos es que hallamos seguridad en decir cosas como "mi editor" o "mi contadora", gente que está ahí de vez en cuando, pero que de ninguna manera se jugaría la vida por nosotros. Es que yo sueño con que voy a quedar en la mala en algún momento, pero me lo imagino de formas tradicionales: un derrame cerebral que me deje hecho un inútil, un cáncer que me coma en cuestión de meses, o no tener trabajo y quedarme en la ruina; es decir, lo normal. Lo último que quisiera es cagarla con la Dian porque es como haber roto la ley sin ser necesariamente un delincuente. Por no pagar tus impuestos puedes ir a la cárcel, lo cual debe ser la forma más triste de terminar tras las rejas. Que me encanen por matar a alguien, no por evadir la renta; nadie quiere ser Al Capone.

Hoy es imposible hablar de im-

puestos y no pensar en Uribe, quien hizo pública su declaración de renta. Mucha confusión al respecto, pero qué esperábamos, si todo lo que lo rodea es misterioso. Yo no me atrevería a decir si está bien o mal, que contador no soy, pero sí puedo afirmar que lo envié: vivir bajo todo ese fuego cruzado de testigos falsos y masacres, y aun así tomarse su limonadita con pitillo, todo tierno. Debí meterse a la iglesia en vez de ser político, así no pagaría impuestos.

Pero también envié a los que han interpretado alegremente su declaración de renta sin tener ni idea de asunto, olvidando que el mundo está lleno de noticias falsas por gente que difunde cualquier tipo de información solo porque se acomoda a la versión que le conviene.

Leyendo a expertos, parece que Uribe sí paga impuestos, es innegable, pero, según han dicho algunos conocedores del tema, es posible que menos de lo que debería, gracias a varios trucos, todos legales, porque la clave en estos casos es doblar la ley a tu favor sin llegar a romperla. Es decir, el expresidente no está haciendo nada ilegal, pero queda esa sensación de 'ah, viejo vivo que posa de ser tan correcto'.

Lo que más me impresiona de él no es solo su poder político, sino su influencia: habló de impuestos y puso al país a hablar de lo mismo. No sé qué habrán aprendido ustedes, pero mi conclusión es que todos, hasta Uribe, tenemos que declarar impuestos, y que el único que puede vivir tranquilo sin pagar renta es don Ramón.